

—Tome vd., dijo con ese garbo caballeresco que tan frecuentemente se halla en la plebe española.... á mi me ha dado Dios buenos puños.

Quedóse Miranda indeciso un punto, y volviendo á aullar, derramó á borbotones la ira, exclamando:

—Mire vd. que la cogeré.... la cogeré.... Váyase vd., no me tiene la paciencia....

—Cójala vd., replicó Sardiola risueño de puro desdeñoso.... á ver cómo se lucen esos ánimos.... porque pensar que he de irme yo.... á no ser que la misma señorita me lo mandase....

—Vete, Sardiola, dijo una débil voz desde el sofá; y Lucía abrió los ojos, y clavó su mirada en el camarero, con reconocimiento y autoridad.

—Pero, señorita, eso de irme, y....

—Véte, digo. Y Lucía se incorporó, tranquila en apariencia. Miranda oprimía en la diestra la face. Sardiola, arrojándose á él, se la arrebató, y tomando desesperada resolución, salió al corredor gritando: «Socorro, socorro; se ha puesto mala la señorita.» Dióse de manos á boca con dos personas que subían la escalera, y que al oírle se precipitaron en la estancia mortuoria. Eran el Padre Arrigoitia y Duhamel, el médico. Hallaron un grupo extraño: al pié de la cama en que yacía la muerta, una mujer tendía las manos para amparar sus flancos y su seno de los golpes que le descargaba, á puño cerrado, un hombre... Con vigor no presumible en su endeble cuerpo de cañahaja, interpúsose el padre Arrigoitia, atrapando, si las crónicas no mienten, algún sopapo en la venerable tonsura; y á su vez Duhamel, emulando con científico valor el arresto del jesuita, cogió del brazo al furioso, logrando pararle.... Lástima grande que no fuese posible á ningún taquígrafo stenografiar el donoso y elocuente discurso que en chapurradísima ensalada franco-luso-brasileña dirigió el buen doctor á Miranda, con el fin de demostrarle cuán bárbaro y cruel era eso de aporrear á una *menina* que está en las circunstancias de Lucía.... Miranda oía con rostro cada vez más torvo, mientras el Padre Arrigoitia prodigaba á la maltratada mujer cuidados y consuelos afectuosísimos. De pronto el marido se encaró con el médico, y preguntándole broncamente:

—¿Dice vd. que esa mujer está en cinta? Lo ha dicho vd.

—*Sim*, contestó Duhamel meneando la cabeza afirmativamente, con la energía y rapidez de un muñeco de cartón.

—¿De cuántos meses?

—*A crescento* que de cuatro.... *O tempo* justo que hará que se casó.

Miranda tendió la vista por todos lados, hincó sus pupilas en su mujer, en el jesuita, en el doctor.... Después cogió á estos dos de la mano y les rogó, tartamudeando, que le concediesen una conferencia de algunos minutos. Pasaron á la habitación inmediata, y Lucía quedó sola con el cadáver. Pudo creer que era terrible pesadilla todo lo ocurrido. El balcón, abierto, dejaba ver las oscuras masas del arbolado del jardín; las estrellas brillaban convidando á dulces meditaciones; ardían los cirios ante Pilar, y en la fachada de Artegui se vía luz al través de unas cortinas.... Bajar diez escalones, y encontrarse en el jardín; atravesar el jardín; y encontrarse sobre un pecho amante que para ella era cera suavísima; acero para sus enemigos.... ¡Horrible tentación! Lucía se apretaba el corazón con las manos, se hincaba las uñas en el pecho.... Uno de los golpes recibidos le dolía mucho; era en la clavícula, y parecía como si tuviese allí un tornillo que le retorciera los músculos para que estallasen. Si Artegui se presentase entonces.... Llorar, llorar con la cabeza apoyada en sus hombros.... Al fin se acordó de una oración que le había enseñado el Padre Urzazu, y dijo: «Dios mio, por vuestra Cruz, dadme paciencia, paciencia.» Estuvo largo rato repitiendo entre gemidos: «paciencia.»

El Padre Arrigoitia se presentó al fin, solo. Su frente ebúrnea venía cubierta de arrugas y sombras. Hablaron largo rato Lucía y él, en el balcón, sin sentir el frío, que era más que mediano. Lucía abrió por fin ancho cauce al dolor.

—Ya ve vd. si yo mentiría.... ahí, delante de ese cadáver.... Ahora mismo pudiera marcharme con él, Padre.... y si Dios no estuviese en el cielo....

—Pero está, está.... y nos mira.... respondía el jesuita acariciándole afablemente las manos heladas. Basta de delirio.... ¿No ve vd. cómo empieza ya á castigarla? Inocente es vd. de lo que la imputa el Sr. D. Aurelio, y sin embargo, su atroz sospecha.... tiene, tiene apariencias de fundamento.... porque vd. misma se las ha dado yendo hoy á casa de ese hombre.... La castiga á vd. Dios en lo que más quiere; en ese angelito que no viene aún al mundo.

Lucía sollozó amargamente.

—Vamos, ánimo, pobrecita hijita mia.... siguió el padre espiritual cada vez más meloso y consolador. Y ¡por Dios y su Madre santa! A España, á España mañana mismo.

—¿Con él? preguntó Lucía horrorizada.

—Él hace sus maletas para tomar el tren de la noche.... Se va á Madrid.... La deja á vd.... Si vd. quisiese arrojarse á sus piés, y con humildad y arrepentimiento....

—Eso no, padre.... gritó la altiva castellana. Creerá que soy lo que él me llama.... No, no. Y con más blandura, añadió: Padre, hoy me he portado como buena, pero estoy rendida.... no se me pida hoy más. Fáltanme ya las fuerzas.... Piedad, señor, piedad.

—Pido, sí, pido por amor de Jesucristo.... que mañana mismo se vaya vd. á España.... No me aparte de vd. hasta dejarla en el tren.... Váyase vd., hija querida, con su padre. ¿No ve vd. que tengo razón? Qué creerá su marido de vd. si se queda vd. aquí... pared por medio... Vd. es demasiado discreta y buena para intentar lo siquiera. ¡Por esa criaturita! Que su padre se persuada.... porque se persuadirá, con el tiempo y su conducta de vd.... ¡Ah! ¡No separe el hombre lo que Dios ha unido! Él volverá, volverá al lado de su esposa.... no lo dude vd.... Hoy, en su cólera.... se dejó arrastrar.... pero mañana....

Sollozos más hondos y desgarradores fueron la respuesta.

El Padre Arrigoitia estrechó cariñosamente las manos de la afligida.

—¿Me promete vd...? murmuró con ardiente súplica, con la autoridad toda de su voz, acostumbrada á mandar en los espíritus.

—Si, respondió Lucía.... me iré mañana.... pero déjeme ahora desahogar.... me muero.

—Llore vd., contestó el jesuita. Ensanche ese corazón. Yo rezaré entretanto.

Y entrando de nuevo en la estancia, arrodillóse al lado del lecho mortuorio, sacó su Breviario, y á la luz parpadeante de los blandones, fué leyendo en voz alta, compuesta y grave, las cláusulas melancólicas del oficio de difuntos.

Más de dos semanas dió pasto á las lenguas ociosas de León el singular suceso de la llegada de Lucía González, sola, triste, desmejorada y en cinta, á la casa paterna. Inventáronse mentiras como castillos, para explicar el misterio de su vuelta, el retiro en que se dió á vivir, la tremenda pesadumbre que nublaba el rostro del tío Joaquín González, la desaparición del marido, y tantas y tantas cosas que á escándalo y drama conyugal trascendían. Como suele suceder en casos análogos, rodaron algunos adarves de verdad envueltos en arrobos de patrañas, y algo se dijo que no iba del todo fuera de camino; mas por falta de datos secretos que enlazar á los conocidos, anduvo á trepezones el juicio del público, y aquí caigo y aquí me levanto, acabó por extraviarse del todo. Bien se colije que los despellejadores de oficio hicieron el suyo con diligencia y afán extremado, y quién censuró al maduro pisaverde que buscaba novia de pocos años, quién al padre vanidoso y majadero que sacrificaba á su hija por afán de hacerla dama, quién á la niña loca que.... En suma, pusieron ellos tantas moralejas á la historia de Lucía, que yo creo poder eximirme de añadir ninguna. Lo que con más empeño criticó la gente, fué este moderno requisito del *viaje de novios*, costumbre extranjeriza y vitanda, buena sólo para engendrar disturbios y horrores de todo linaje. Sospecho que con el triste ejemplo de Lucía, tradicionalmente conservado y repelido á las niñas casaderas, en lo que resta de siglo no habrá desposados leoneses que osen apartarse de su hogar un negro de uña al menos en los diez primeros años de matrimonio.

FIN.

LA SABOYANITA.

Decid: ¿quién se queja?

¿Quién llora? ¿Quién grita?

Es que está cantando

La Saboyanita.

Mañana de Enero,

Con aire y con nieve.

Si no llueve, sopla,

Si no sopla, llueve.

Bajo grises nubes,

La tierra cubierta

De blanco sudario

Parece una muerta.

¿Cuán solas las calles!

¿Ni quién las resiste!

¿Qué invierno tan duro.

Tan largo, tan triste!

Heladas las fuentes,

Heladas y mudas;

Almendros sin hojas

Y acacias desnudas.

Ofrecen contrastes

Risueños y fríos,

Los troncos tan negros,

Los copos tan blancos!